

# Huellas de un viajero sedentario

(Sobre ‘Tampoco iré a Nueva York este verano’, de Esteban de las Heras)

JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC  
ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

No ha necesitado Esteban de las Heras pisar Nueva York para que quedemos deslumbrados en el silencio de nuestra butaca

Se ha dicho que todo viaje, mediante una misteriosa combinación entre tiempo y espacio, siempre encierra dos itinerarios: uno exterior, físico; y otro interior, espiritual. Sin embargo, a veces, el recorrido más fascinante, el que se nos grava con intensidad es el que realizamos desde el sillón, o mejor, desde la páginas de un libro. Las palabras nos pueden llevar mucho más lejos que el motor de un automóvil. El viaje intelectual nos depara satisfacciones tan secretas e inolvidables que, en muchos casos, son difíciles de ser comunicadas. Porque si todo trayecto empieza realmente cuando ya lo hemos culminado, con el que se traza por las rutas de la conciencia no tenemos nunca la sensación de haber llegado a la meta, porque siempre estamos comenzándolo y acabándolo a la vez.

Pues bien, de todo esto y de mucho más nos habla el último libro de Esteban de las Heras. Libro que entraña desde su portada una hermosa paradoja. Aunque el título niega la posibilidad del viaje, ‘Tampoco

iré a Nueva York este verano’ (Salobreña, Alhulia, 2015), desde el momento en el que el lector se adentra en sus páginas emprende una ruta en la que las experiencias de su propia conciencia se irán confrontando gratamente con los estimulantes avatares interiores del narrador. Pues este texto va a medio camino entre la crónica periodística, el diario y la narración. Rebozado todo él por una espléndida prosa poética que aumenta la dimensión íntima de los contenidos.

La eventualidad de tener que trasladarse el protagonista a su pueblo natal con el fin de cerrar la casa familiar, es el pretexto para realizar un «viaje sedentario» a través de la memoria, para recobrar lo que ya no existe: «La vuelta a ese paraíso interior no tiene presencia ni horizontes, porque se desarrolla dentro de uno mismo». Los sucesos y reflexiones van siendo remitidos, a manera de monólogo o de comunicación epistolar, a una mujer con la que tuvo una relación sentimental y que vive lejos, en Nueva York, a una distancia tan

perdida del horizonte como del corazón. Los recuerdos y reproches de una historia de amor ya desvanecida se entrelazan con lo que surge de las calles y las placetas del pueblo, pero, sobre todo, de las gentes, de los seres anónimos que son la intrahistoria, los auténticos retazos de vida sepultada que, a manera de ecos, resuenan en la entraña. A través de la aldea natal (San Martín de Rubiales), junto con una fugaz estancia en Estrigonia (Hungría) y la permanencia en Granada, iremos viendo pasar una galería de seres comunes cuya grandeza reside en el hecho de haber vivido para dejar un rastro en los demás. Se trata de la tercera vida, la que tanto gustaba glosar a los humanistas; y a través de sus recodos deambula la voz del narrador con impecable sensibilidad. En definitiva, el viaje, el auténtico viaje no es el que hace el anónimo protagonista cuando se desplaza a su tierra o a una ciudad perdida de Europa, sino aquel que realiza Esteban cuando escribe, el que brinda al lector cuando recorre en estas páginas.

Por todo ello, aquí hay sonidos, los que nos ofrece la naturaleza, pero sobre todo los que se desprenden de una personal banda sonora que va desde los corridos mejicanos de Pedro Infante o Jorge Sepúlveda a las canciones de Chabela Vargas, pasando por Aguaviva, Miles Davis o Los Chiripitifláuticos. Sonidos que provienen asimismo de esos vocablos del campo que, llenos de herrumbre, se van deshaciendo en el olvido: ‘banastas’, ‘garillos’, ‘collerones’, ‘ubios’, ‘álabes’, ‘berlotas’... Y también hay olores, cómo no, que son los más sutiles y recios engarces con el pasado, como los de «las cajas de arenques con los bozales de esparto para rucios». El poeta Luis Rosales nos dejó escrito que «lo que persiste huele», ya que «el olor es una forma de vida». Y de la misma manera están presentes los tebeos del Cachorro, las aventuras de Salgari, las homilias del padre Peyton, el pan con chocolate para las meriendas, el belén «donde pastan ovejas silenciosas en el musgo infantil de todos los inviernos», y las melosas tardes de los domingos, y la

Feria de Libros de Ocasión, y la ventana del ciudadano Kane, y la enseñanza y la inmigración...

Con prosa exquisita y suelta Esteban de las Heras transita por una Arcadia de tinta, rescata su propio «paraíso cerrado», el de la «edad perdida» en San Martín de Rubiales y el de una Granada que se deshace, por lo que no elude nunca el inmutable rasgo de dolor que anida siempre en la existencia, la de antaño y la de hoy. Es consciente que «venimos de unos tiempos desastrosos y a la par inolvidables»; y aún más, que «venimos de los sueños y ellos vamos». Y de tan extraña ambivalencia entre el desastre y lo inolvidable salta la chispa de la belleza, la que yace en este puñado de cenizas esparcidas, capaces de permanecer inmutables en el aire gracias tan sólo al poder de la escritura. No ha necesitado Esteban de las Heras pisar Nueva York para que quedemos deslumbrados en el silencio de nuestra butaca. Es más, deseo fervientemente que siga sin ir a Nueva York este verano. Ni falta que le hace.